

El abandono alimentó el gran incendio

Los empresarios forestales reclaman que se aborde la "chispa" real del fuego: la escasa productividad de un monte sin mantenimiento

Brañalibre (Boal),
Eduardo GARCÍA

Al norte de Brañalibre (Boal), buena parte del paisaje luce color negro calcinado. La vida perdida en el paisaje prosigue su ritmo vital y laboral, y los vecinos tienen—dicen—pocas ganas de hablar. Es el kilómetro cero del principal de los incendios que colapsaron el pasado sábado el Occidente asturiano. En algún punto cercano a Brañalibre el fuego nació—quizá por mano experta—, se agigantó y acabó, avivado por el viento sur, casi en el mar.

A doscientos metros de la aldea, aún con el olor a chamusquina prendido en el ambiente, se abre un antiguo cortafuegos que el tiempo convirtió en puro prao. Es una estampa desoladora pero que nos dice mucho. Según se asciende el pinar de la izquierda está irremediablemente muerto por el fuego. Son pinos plantados hace unos quince años, pero nunca mantenidos. Crecieron llenos de nudos, con un sotobosque espeso. Lo ideal para las llamas.

Al otro lado del cortafuegos, el monte también quemó, pero los efectos no fueron tan devastadores. El bosque estaba más limpio. "Puede que a pesar de todo estos pinos no acaben muriendo y la zona se regenera", dice Javier Gutiérrez Díaz, presidente de la asociación empre-

sarial de selvicultura y medio ambiente de Asturias (Asymas), que ejerce de guía por la geografía del desastre.

No fue un incendio, sino muchos. Y la mayoría encendidos en cuestión de horas. Ciento cuarenta y siete tenía sobre la mesa el servicio del 112 a las dos y doce de la madrugada del sábado. Por eso las manchas negras se suceden.

Cerca del pueblo de Romaleo, aún en el concejo de El Franco, el paisaje enseña otra lección. Al fondo una casa arrasada, con la techumbre caída. El camino que conduce hasta ella desde la carretera comarcal FR-1 presenta huellas visibles del paso de las llamas. Buena parte de los silos de hierba amontonados en un pequeño claro del monte también se los comió el fuego. Y una casa cercana se libró de milagro.

Javier Gutiérrez apunta al horizonte para explicar la fuerza de los incendios cuando el viento atiza. A un lado, el bosque hecho añicos.

Al otro, más de lo mismo. En medio, un cortafuegos de unos treinta metros de anchura, con la hierba verde y en aparente perfecto estado. Las llamas lo superaron por arriba y prosiguieron su camino hacia La Caridad, a quince kilómetros de allí. A las orillas de la Autovía del Cantábrico aún bule-



Javier Gutiérrez observa una casa calcinada por el fuego en Romaleo (El Franco). (E. G.)



A la izquierda, una finca quemada. A la derecha, un pino lleno de nudos cerca de Brañalibre. (E. G.)

La gestión de los recursos naturales como herramienta de prevención

Cierre del paisaje e incendios: un matrimonio inseparable

El avance de los bosques sobre las tierras de cultivo es una condición explosiva para los fuegos

Análisis

José Antonio
González Díaz

Geógrafo, experto en Ordenación del Territorio



La jornada de reflexión previa a las elecciones nacionales del 20-D, que pasará a la historia como uno de los fines de semana más negros del Paraíso, puso sobre la mesa un debate que la sociedad asturiana ha de abordar con éxito si no queremos que nuestro paraíso sea con frecuencia un "paraíso en llamas".

El paisaje asturiano es por definición un mosaico, un mosaico en el que alternan núcleos de población, tierras de cultivo, prados, bosques, pastizales y áreas de matorral. Un paisaje diverso y compuesto por una variada gama de elementos constitutivos, fruto de una dilatada interacción entre hombre y medio que se pierde en la noche de los tiempos, con la agricultura, la gana-

dería y la actividad forestal como nexo de unión. La emigración a la ciudad, el correlativo despoblamiento, la decadencia de las actividades tradicionales, la entrada de nuevos usos del suelo y la "ultraprotección del territorio", han actuado como común denominador en el proceso de simplificación del mosaico paisajístico descrito y que se materializa en un avance de bosques y sobremanera matorrales, en detrimento de tierras de cultivo, prados y pastizales.

Esta dinámica no es única de la evolución territorial asturiana, sino que es común al resto de áreas de montaña peninsulares y de la Unión Europea. La diferencia sustancial es que la sociedad asturiana vive de espaldas a una realidad que llama a las puertas de sus núcleos de población y que amenaza con entrar sin permiso cuando se dan condiciones explosivas como las del fin de semana pasado.

El proceso de simplificación paisajística descrito, en la vecina pero tan lejana Francia se conoce como "cierre gradual del paisaje". Concepto fruto de un profun-

do debate social a lo largo de décadas que se ha materializado en la puesta en marcha de políticas territoriales orientadas a la conservación del mosaico paisajístico regional francés. En el caso asturiano hemos acogido con frecuencia estos procesos de crecimiento descontrolado de la vegetación con alegría, estupor o más frecuentemente indiferencia, asimilándolos con una mayor naturalidad y calidad ambiental de nuestros paisajes, sin ser conscientes de los riesgos que ello entraña. Los datos del reciente cuarto Inventario Forestal Nacional son una foto fija de estos procesos: más del 70 % de la superficie regional es forestal, es decir arbolado y matorral. Es lo que coloquialmente denominamos "monte" en Asturias, dentro del cual las superficies comunales en sentido amplio suponen más del 65 % del mismo y más del 40 % del total regional. La composición interna del monte se reparte a favor de un 40 % de superficie arbolada y un 30 % de matorral y monte bajo, valor último que en los concejos más montañosos del eje de la Cordillera supone más del 50%.

Hemos acogido con alegría, estupor o indiferencia el crecimiento descontrolado de la vegetación

Se trata en ambos casos de extensas superficies de vegetación leñosa, capaces de aprovechamiento aptas y una gestión efectiva, lo que hace que se acumulen cantidades ingentes de biomasa que exponen al conjunto del paisaje a un elevado riesgo de incendios.

Cuando retornan los fuegos como esta vez volvemos a hablar del tema es en un círculo circular que no lleva a ninguna parte. La falta de gestión nos deja desarmados cuando se disparan los fuegos sobre una

a quemado. Los espacios de seguridad para la instalación de las torres de alta tensión tampoco fueron adecuados para las llamas.

Los trabajadores forestales con más experiencia tienen claro que no había forma de parar el círculo de incendios del pasado salvados. En términos técnicos, tocaba despejar de hectáreas, patados y a sus poses el terreno. El presidente de la asociación empresarial, que agrupa a 15 empresas forestales de toda la región, pone un ejemplo: "Nadie puede pretender contar con medidas materiales y humanos capaces de acabar con los fuegos en un día así, con esas condiciones tan desfavorables. Es como pedir que Madrid tenga autopistas de cincuenta carriles para que el tráfico en la operación retorno de vacaciones sea fluido".

Brandalvel está situado a unos 650 metros de altitud. Es el límite para los cuclipatos. De ahí para arriba, muy pocos. Y de ahí para abajo, la carretera, curvas y contracurvas, está jalonada de cuclipatales.

No quemó uno. Para ser exactos, alguno quedó calcinado en estos últimos días de alerta en el occidente, víctima de daños colaterales. Los cuclipatos son en su mayoría de propiedad particular. Y la propiedad es sagrada. Los beneficios, también.

Concejo de Villanueva de Osces. Entre la niebla aparece un bosque de pinos silvestres y un cartel que informa de la obra realizada en él. Es el monte Brusquete, también de propiedad particular. Hace dos años fue limpiado, saneado, desbrozado y asegurado a través del Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural.

Estamos a una altitud cercana ya a los mil metros. Las cañas están podadas hasta una altura de dos metros. Lo que se desprecio fue triturado con tractores de oruga y desbro-

zadoras. El suelo ha quedado tan limpio que ha nacido el pasto, los animales entran y abonan. Un segundo de supervivencia forestal.

El problema es que en Asturias el monte Brusquete es una excepción. La crisis afectó a los presupuestos para mantener los bosques. Este año que termina, por vez primera en dos décadas no se contó con la parada de ayuda a particulares. Han unos cuatro millones de euros, que la mayoría irán por el 75 por ciento procedente de la Unión Europea. El resto, del Ministerio de Agricultura y del Principado, a partes iguales.

Este año es el primero en dos décadas sin fondos de ayuda a particulares para mantener los montes

"Hay que buscar fórmulas para que los vecinos encuentren beneficios", dicen los empresarios

Con esos cuatro millones, entregados a propietarios que presentaban un proyecto de mejora de sus montes, se rehabilitaban cada año en Asturias unas dos mil hectáreas de terreno. Para comparar: el oronense campo de San Francisco tiene nueve hectáreas.

Con 2.700 euros, precio tope que fija la Consejería de Medio Rural, se puede trabajar una hectárea, unos 1.100 árboles. Pero la labor preventiva se redujo a mínimos.

No se sabe el verdadero origen de la chimenea Javier Gutiérrez, que tiene que ver con la productividad del bosque. Hay que buscar fórmulas para que los vecinos encuentren beneficios.

Por la AS-161 el paisaje va es tiempo del puerto de montaña. Camino de Bial. En las zonas bajas, campos parcelados para pastos. En la parte alta, monte bajo dejado a la buena de Dios. Hay tojos de dos metros de altura, que son combustibles muy eficaces. El monte de todos es un poco el monte de nadie, sobre todo cuando ese monte de todos no da un euro de beneficio.

En medio de la crisis llamante del pasado sábado, el consejero de Presidencia, Guillermo Martínez citó en 230 efectivos los que durante la jornada lucharon contra el fuego en Asturias. "Entre bomberos y trabajadores forestales".

Asturias está dividida en 35 zonas, y cada zona está asignada a una empresa forestal, concesión ganada por concurso público. El mapa se lo reparten 21 empresas, pero el pliego de condiciones especifica que una llamada del Principado puede poner a trabajar a los trabajadores de todas ellas en incendios ajenos a su radio de acción.

Eso ocurrió el sábado, día en que fueron movilizados los 140 trabajadores de las 21 empresas forestales concesionarias. Estas empresas colaboran con la Administración regional en la lucha contra el fuego desde 1987. Las concesiones no dan para sobrevivir, pero las empresas tienen otras posibilidades profesionales haciendo trabajos para el Principado, para los ayuntamientos o para particulares. La inversión cayó en picado en los últimos años y hubo firmas que no lograron superar la crisis.



Monte limpio, monte sucio

Las imágenes superiores, puestas así, una junto a otra, informan con crudeza y absoluta veracidad de lo que está sucediendo aquí. Es la distancia enorme que separa un bosque cuidado y mantenido, rentable, de otro dejado al albur de la naturaleza. A la izquierda se ve el aspecto del monte de pinos de propiedad privada, limpio y saneado, en la localidad de Brusquete, en el concejo de Villanueva de Osces. Esa es la excepción en la masa forestal asturiana. En la fotografía de la derecha se contempla la norma del monte de la región, un cuclipatal sin conservación y a la salida de Vegadeo.

La columna del lector

¿Quién dejó la mecha puesta?

Amable Fernández González, Soto de Agües

Ahora todo el mundo se horroriza por los fuegos, pero nadie piensa en ellos hasta que huele a chamusquina. El sector ganadero lleva años reclamando el control del matorral, peticiones que nadie ha escuchado. El fuego entra en los pueblos y nadie se paraba a pensar que el matorral estaba a sus puertas.

En estos días es cuando verdaderamente se ve el abandono que sufre nuestro medio rural, la consecuencia de las prohibiciones y los acotamientos a los que día a día se someten sus habitantes. Los políticos se apuran en declarar la catástrofe, sin analizar el origen de las cosas, cuando la verdadera catástrofe es la gestión que ellos están haciendo de nuestros montes. Los bomberos se afanan en buscar culpables, señalando a colectivos enteros, como ganaderos y cazadores, los colectivos más perjudicados por los incendios y los que más han ayudado en su extinción, arriesgando su vida, sus tractores y sus medios para salvar animales, casas y cuadras, sin cobrar nada a cambio. Como reflexión, creo que entre "bomberos no está bien pisarse la manguera" y más cuando el fuego está más vivo que nunca. A la vista de los incendios y su localización, no hace falta ser unas lumbreras para ver que

responden a otro tipo de intereses, que espero se aclaren, y de no ser así, no nos los imputen a los de siempre sin pruebas. Ante todo, un poco de respeto al medio rural y a los que en él vivimos.

Desde aquí vuelvo a reclamar una política forestal que permita un aprovechamiento sostenible de nuestros montes, con implantación de pastizales en las áreas de mejor condiciones, los mejores cortafuegos, con la puesta en marcha de quemas controladas que pongan freno al matorral y a la ganadería extensiva como herramienta de control. Las imágenes de la tragedia demuestran una vez más que los únicos cortafuegos eficientes han sido los prados y pastizales mantenidos por los ganaderos para cortar el avance del fuego.

Si los responsables de la gestión del monte no tienen la altura de miras para dar un cambio de rumbo a sus políticas, y dejar de machacar a los que día a día luchan por mantener el paraíso asturiano, creo que lo mejor que pueden hacer es abandonar su puesto y ponerlo a disposición de quien quiera intentar no ponerse tan fácil a los desalmados que quieren arasar con nuestros montes y pueblos.

Basta ya. Respeto al mundo rural.

masas homogéneas que han ido creciendo a nuestras espaldas porque el gran debate sobre la gestión de nuestro territorio es un tema tabú, sobre el que todos opinamos pero al que nadie parece querer enfrentarse. Sin embargo, disponemos de evidencias científicas que podrían ayudarnos a enfrentar este desafío.

Para el estudio y concomitante del cierre del paisaje, además de la impresión visual en campo, el análisis de la fotografía aérea repetida en diferentes fechas se muestra como una potente herramienta capaz de retratar, poner cara y números a esta dinámica y ayudarnos a entender donde pueden estar los orígenes del problema. Si bien esta técnica ha sido de escasa aplicación en el contexto regional, allí donde se ha aplicado, caso del Parque Natural Ubiña la Mesa o del Redes, los datos son esclarecedores. En las últimas décadas el matorral se ha incrementado en más de un 50%, formando manchas continuas de extensión considerable germen de los grandes incendios forestales. Por su parte, las manchas de bosque han experimentado crecimientos mucho más modestos, en torno a un 10%, pero han sufrido un cambio radical en su composición interna,

han pasado de ser montes huecos compuestos por pies ralos a manchas cerradas de arbolado sobres sí mismas.

El proceso descrito, además de una pérdida de calidad visual del paisaje, como lo avalan diferentes estudios, tiene connotaciones económicas, sociales, culturales y ecológicas que se han de tener en cuenta. El continuo avance del monte sobre los espacios de pastizal y cultivo supone un lastre para el desarrollo de actividades de baja intensidad como la ganadería extensiva, pero también merma de atractivo para otras que utilizan el paisaje como telón de fondo promocional, caso del turismo rural o la industria agroalimentaria. Los paisajes cerrados dominados por el matorral y el monte bajo se vuelven impenetrables e intransitables, con un difícil acceso para una sociedad mayoritariamente urbana que demanda con más frecuencia actividades de ocio y esparcimiento en las áreas rurales. El avance descontrolado del monte bajo, "de lo bravo sobre lo manso" que dirían los antropólogos, es la expresión material del soterramiento de las culturas del territorio que han sido el germen de los paisajes en mosaico que conforman nuestra identidad te-

rritorial. Finalmente, la desaparición de los mosaicos paisajísticos entraña graves consecuencias ecológicas tales como la pérdida de diversidad biológica o de sumideros eficientes y seguros de CO₂ entre otras, pero sin lugar a dudas, la más importante y la que aquí nos ocupa es su papel en la propagación y generación de incendios forestales. Las discontinuidades paisajísticas, marca propia de los paisajes en mosaico, son el mejor seguro contra la generación de grandes incendios y el mejor aliado en su extinción.

La jornada de reflexión ha de seguir abierta, no se trata de buscar culpables entre los gestores o en un colectivo u otro, que fijo que los habrá y para lo cual están las autoridades competentes. Se trata de decidir si queremos paisajes de "mirarme y no me toques" expuestos cíclicamente y con mayor frecuencia a grandes incendios forestales o queremos paisajes en mosaico, dotados de diversidad y múltiples servicios ecosistémicos, abiertos al ocio y disfrute ordenado de la ciudadanía, y soporte de actividad económica multifuncional y sostenible que impliquen a los vecinos y vecinas del Paraíso en su gestión y los convierta en sus mejores guardianes.